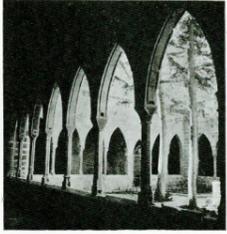


## EL TURISTA Y EL PEREGRINO

POR  
FRANCISCO GONZÁLEZ CIRER



**E**l turismo ha hermanado en un mismo afán de rapidez a los caminos y a los monumentos y museos. Ninguna ciudad engaña la curiosidad de lente fotográfica de estos viajeros actuales.

Goethe, peregrino de reposado mirar en la Italia academizante del setecientos, no comprendería a los caballeros andantes del Renacimiento, el Volkswagen, la marca americana y la matrícula remota, perforando paisajes con la atención imantada por las tres cifras de la velocidad.

El quieto atardecer en los prados sin voz, la luz aprisionada en los cristales del aire o la soledad vertical de los montes, siguen vírgenes de miradas forasteras en esta aventura de kilómetros sin dulcinea.

En la catedral, en la colección de arte, les espera el complemento del guía, que salmodia sin emoción fechas, nombres y anécdotas, nuevo retablo de las maravillas para almas bobas.

En lo físico o en lo biológico debe existir alguna ley que regule los movimientos de esta masa de seres sin impulso propio, obdientes en su admiración al nombre de fama o la fecha lejana. Nunca sabrán la callada lección de la piedra envejecida, aromada de estilos, que exige la visita respetuosa y la atención sin descenso.

Son turistas solamente, esquinados al anhelo del peregrino, que se busca a sí mismo en una geografía orientada por consciencias, donde el monte es penoso, los árboles crecen en sombra para el descanso y el río predica el peligro con su anchura.

Al romero medieval, que enhebraba en el hilo palpitante de la caridad las gentes extrañas y los usos desconocidos, le esperaba, en el límite de su andar, el socorro celeste del Señor Santiago o el abrazo de perdón de un Papa.

El Renacimiento dió cosecha apretada de viajeros vencedores de las viejas cartas geográficas, con la «Imago Mundi» arropada en fábulas, y de artistas generosos de aquel ideal humanístico que el maestro Masaccio explicara, sólo línea y color, en la capilla Brancacci del Garamine florentino. Y en la valija de la «Serrenissima», junto al duro realismo del informe diplomático de Andrea Navagiero, se encendía la suavidad del endecasílabo.

Si el siglo XVIII crió viajeros eruditos, amantes del lenguaje sincopado de los pergaminos, con partos de Españas Sagradas e Historias Críticas, el Romanticismo derramó sobre los caminos del novecientos, fragosos de luchas civiles y revueltas, la pasión por los viejos estilos. En las arquitecturas agigantadas del dibujante Parcerisa o en las lánguidas formas reptantes de Pérez Villamil se oye la música celestid de Gustavo A. Becquer.

El viajero de hoy es diferente. Al turista le acucia el calendario, le preocupa el carburador o el freno, le persigue el ballet de los cambios. Le ha brotado al campo como un insecto nuevo, nacido del asfalto, devorador de postales y kilómetros.

Entre partir y volver, queda escaso tiempo a la sonda de la mirada para penetrar en las cosas y no existe el minuto de la meditación sosegada.



No importa. La cereña arquitectura de las catedrales y palacios se mantiene paciente a la espera del peregrino nuevo. Las ojivas en húida, el esplendor de auto sacramental de las fachadas, la sedimentada quietud de los patios, los retablos hirvientes y el documento presto al diálogo, aguardan a quien sepa llegar a ellos y entender su clave.

En Tortosa, como en otras ciudades, si el trabajo inmoviliza o la carrera impide el viaje, nos queda mejor empresa: peregrinar la tierra en que vivimos.

Honderos de la mirada desde el roquedal de la Zuda, fácil la memoria a la caricia del pretérito, buscando en la penumbra del testimonio histórico el impulso que derribó las castas y los poderes del pasado, hombres balbucientes en la belleza que resiste los cambios, serán entonces, los tortosinos, romeros de su casa y de su templo, contrarios al reloj, persiguiendo el ser y el obrar de sus antecesores en este valle del viento desatado y la dorada bruma, de la huerta húmeda y el garrital reseco.

¿Qué hombre de recto pensar no ahonda en su origen y otea su destino?

La palabra que puede convertirse en socorro de hodiernas inquietudes está aquí, en el conjunto monumental de las edificaciones envejecidas y en el débil cuerpo de los documentos amarillos.

Así, en el macizo silencio del claustro catedralicio, callada la piedra apuntada, olvidados del aire los cedros, tartamudeantes los escudos fenecidos y las inscripciones latinas por la herida de los años, vuelve a nosotros todo lo que fue.

Pero si una curiosidad epidémica te levantara, tortosino, junto a estas arquitecturas en piedra o letras, mejor que no vayas, mires o inquietas, pues sólo existe para estos cuerpos ancianos una afrenta mayor que la del turista insensible en tierra ajena: la de serlo en la propia.

